



INSTITUTO DE LA CULTURA TRADICIONAL SEGOVIANA

MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

TRIBUNA | JOSE LUIS ALONSO PONGA (*)

Una vez más, San Antón

Para Nico Becheru. Segovia en Rumanía



NI EN LOS MEJORES MOMENTOS de sus premoniciones se pudo imaginar, aquel padre del desierto, que sería uno de los

santos más queridos y su devoción la de mayor pervivencia a lo largo de los siglos. Y es que el eremita de la Tebaida "pasma del yermo, sol del occidente, portento de la gracia" como le llamó, entre otras cosas, el P. Ceballos en el S. XVII, ha atravesado la historia sin perder adeptos.

Pero tampoco podría pensar que él, un santo protector de animales rentables para el campesino, el ganadero o el calesero, sería un santo mediático y televisivo en el s. XXI como defensor de las mascotas. S. Antón ha sabido adaptarse a los tiempos atento siempre a la relación equilibrada entre el hombre y los animales, favoreciendo a aquel cuando se porta bien con estos. Dicen los campesinos de los Abruzos italianos que, S. Antón, la víspera de su fiesta, pasa por establos y apriscos preguntando a vacas y ovejas por el trato que han recibido del amo durante el año y si ha sido un tirano porque les ha hecho trabajar mucho o rácano no dándoles de comer lo suficiente, el santo le castiga.

San Antonio, el de enero, el verdadero según los labriegos, llegó a ser protector de los animales domésticos productivos, porque el campesino se los encomendó viendo lo bien que le iba al cerdo, su favorito. Se le representa acompañado por este animal, con un bastón en forma de Tau, con una campanilla y con una llama. A nadie le asombra, al menos ahora, que el cerdo ocupe un lugar privilegiado en los retablos de las iglesias. Pero no siempre fue así. Después de la reforma de Lutero algunos contra-reformadores pensaron que debían bajar a los marranos de los altares y lucharon para que, en el caso de nuestro santo, se sustituyesen por la llama, símbolo del "ignis sacer", el fuego sagrado que el Abad mantuvo a raya. Hasta tal punto llegó la inquina contra el cerdo que, en el S. XVII, un Obispo francés mandó enterrar las estatuas de S. Antón con su cochino porque le parecían irreverentes.

Los estudiosos se preguntan, y no se ponen de acuerdo, sobre el motivo por el que se hace acompañar del animal. Algunos santorales lo interpretan como una señal del control que ejerció el santo sobre las bestias del campo. Refieren que nuestro protagonista había plantado un pequeño huerto al lado de la cabaña donde vivía,



"Marranillos de San Antón", el dulce que se reparte en El Espinar el día del santo (arriba) y un momento de su reparto entre los asistentes a las actividades religiosas y profanas que se organizan esa jornada en la localidad. / PEDRO MERINO

pero las bestias del campo le destruían el cultivo. Un día que las pilló in fraganti cogió a una de ellas y le dijo para que se enterasen todas: ¿Acaso os hago yo algún mal? Pues dejadme que viva de mi trabajo. No sólo le respetaron sino que desde entonces los cerdos, los más obedientes, le ayudaron a cavar la tierra. Otros, entre ellos el Marqués de Lozoya en su estudio sobre el Hospital de S. Antón de Segovia, apuntan que el cerdo es símbolo de las tentaciones de la carne que el santo venció repetidas veces. Hace apenas tres semanas, Mario Polia profesor de la Universidad Gregoriana de Roma y experto en sincretismo me resumió una nueva teoría que acababa de publicar sobre el por qué del cerdo sanantonero. No hay, dice el estudioso, ningún episodio en la vida del eremita que nos haga

San Antonio, el de enero, el verdadero según los labriegos, llegó a ser protector de los animales domésticos productivos, porque el campesino se lo encomendó viendo lo bien que le iba al cerdo, su favorito

pensar en su relación directa con los animales y menos con los cerdos. El desarrollo de la devoción, la configuración de la hagiografía popular y la efigie del santo son medievales. Nadie pone en duda sus probadas virtudes ascéticas y

la fama de su santidad, que se extendió tras su muerte por oriente. Pero al pasar a Occidente se completó la biografía añadiéndole rasgos de cultos paganos, en concreto atributos de las religiones drúidicas. Los sacerdotes druidas, caminaban con un largo bastón del que pendía una campanilla para avisar a los fieles de sus reuniones. Vivían alejados de los poblados en lo más intrincado del bosque, donde moraba el jabalí que encarnaba, entre otras cosas, al espíritu de una divinidad drúidica protectora de los animales y favorecedora de la fecundidad. La representación iconográfica de San Antonio de largas y descuidadas barbas, con un bastón del que pende una campanilla recordaba de alguna manera la figura de los sacerdotes pre-cristianos. El jabalí era el dueño del bosque, su caza

estaba vedada al labriego, que sin embargo tenía que soportar los daños que le causaba en sembrados y huertos. Por eso el animal salvaje no podía ser representado como favorable al campesino, pero si su equivalente domesticado el cerdo. De esta manera se produjo un sincretismo entre las creencias antiguas y las devociones de la época. Entre la figura del santo que sustituye al druida, entre el cerdo que sustituye al jabalí. Hasta nosotros han llegado ecos de leyendas alusivas al jabalí. Joan Amades recoge una de Cataluña en la cual se narra que el santo vino a Barcelona llamado por un noble para curar a su hija. Cuando llegó a la ciudad condal una jabalina que tenía a los hijos aquejados de ceguera los depositó a los pies del santo quien los curó haciendo sobre ellos la señal de la cruz. La jabalina agradecida le siguió a todas partes y al morir cavó su tumba y le enterró. En recuerdo de esta buena obra el santo se hace acompañar en los altares de un cerdo.

Pero la relación entre ambos no se explicaría bien si no tenemos en cuenta el papel jugado por la Orden de San Antón. Fue ésta una hermandad primero de laicos y después de canónigos regulares de S. Agustín que, vistiendo hábito negro con cruz azul, dedicaron su vida a cuidar a los enfermos de fuego sagrado. En los siglos XI y XII hubo varios brotes epidémicos del "ignis sacer" o fuego sagrado. Los enfermos para curarse de su dolencia acudían al lugar de su tumba en Saint Antoine -Delfinado francés-, con notable éxito de curaciones. Más tarde se demostraría que estaba producida por el cornezuelo del centeno y que el cambio de alimentación ayudaba mucho en la curación. Los "freires" de S. Antón, eran médicos expertos y adelantados a su tiempo sabían que una alimentación variada y abundante era imprescindible para el restablecimiento de los enfermos. Compraban cerdos que dejaban sueltos por la calle, convenientemente señalados, para que los vecinos los alimentasen. De ahí derivó la tradición del marrano Antón que anduvo de casa en casa por nuestros pueblos hasta mediados del S. XX y por las ciudades hasta finales del S. XVIII.

(*) Cátedra de Estudios sobre la Tradición. Universidad de Valladolid.



Diputación de Segovia